

Las mentalidades. Una historia ambigua

por Jacques Le Goff

«Mentalité me plaît, Il y a comme cela des
mots nouveaux qu'on lance.»

(Mentalidad me encanta, Es así como se
lanzan nuevas palabras.)

Marcel Proust

A la recherche du temps perdu. Le côté de Guermantes.

«Bibi. de la Pléiade», t. II, pp. 236-237.

Para el historiador de hoy *mentalidad* es aún algo nuevo y ya envilecido. Se habla mucho de historia de las mentalidades, pero se han dado pocos ejemplos convincentes. Mientras se trata aún de un frente pionero, de un terreno por roturar, uno se pregunta si la expresión encubre una realidad científica, si oculta una coherencia conceptual, si es epistemológicamente operativa. Atrapada por la moda, parece ya pasada de moda. ¿Hay que ayudarla a ser o a desaparecer?

I. Una historia-encrucijada

La primera atracción de la historia de las mentalidades está precisamente en su imprecisión, en su vocación por designar los residuos del análisis histórico, el no sé qué de la historia.

A partir de 1095, individuos y masas se conmueven en la cristiandad occidental y participan en la gran aventura de la cruzada. Auge demográfico y principios de superpoblación, codicias mercantiles de las ciudades italianas, política del papado deseoso de rehacer contra el Infiel la unidad de una cristiandad desunida, estas causas juntas no lo explican todo, mas quizá sí lo esencial. Es necesaria la atracción de la Jerusalén terrestre, doble de la celeste, la impulsión de las imágenes de lo mental colectivo acumuladas a su alrededor. ¿Qué es la crudeza sin cierta mentalidad religiosa?¹

¿Qué es el feudalismo? ¿Instituciones, un modo de producción, un sistema social, un tipo de organización militar? Georges Duby responde que hay que ir más lejos, «prolongar la historia económica con la de las mentalidades», hacer entrar en el conjunto: «la concepción feudal del servicio'». ¿El feudalismo? «Una mentalidad medieval».²

Desde el siglo XVI una nueva sociedad se desarrolla en Occidente: la sociedad capitalista. ¿Producto de un nuevo modo de producción, secreción de la economía monetaria, construcción de la burguesía? Sin duda, pero también

¹ Ver la obra de Alphandéry-Dupront y el artículo de A. Dupront, citados en bibliografía.

² G. DUBY, *La féodalité, une mentalité médiévale*, «Annales ESC», pp. 765-771.

resultado de nuevas actitudes frente al trabajo, el dinero —una mentalidad que desde Max Weber se vincula a la etnia protestante.³

Mentalidad recubre pues un más allá de la historia, pretende satisfacer las curiosidades de historiadores decididos a ir más lejos. Y primero al encuentro de otras ciencias humanas.

Marc Bloch, esforzándose por ceñir la «mentalidad religiosa» de la Edad Media, reconoce «una multitud de creencias y prácticas... ora legadas por las magias milenarias, ora nacidas, en época relativamente reciente, en el seno de una civilización⁴ animada aún de una gran fecundidad mítica». El historiador de las mentalidades se aproximará, pues, al etnólogo, intentando alcanzar como él el nivel más estable, más inmóvil de las sociedades. Tomando la palabra de Ernest Labrousse: «Sobre lo económico, retrasa lo social, y sobre lo social lo mental.»⁵ Keith Thomas, estudiando a su vez la mentalidad religiosa de los hombres de la Edad Media y del Renacimiento, le aplica abiertamente un método etnológico, inspirado sobre todo por Evans-Pritchard.⁶ Del estudio de los ritos, las prácticas ceremoniales, el etnólogo se remonta hacia las creencias, los sistemas de valores. Así los historiadores de la Edad Media, después de March Bloch, Percy Ernst Schramm, Ernst Kantorowicz, Bernard Guenée,⁷ a través las consagraciones, curaciones milagrosas, las insignias del poder, las entradas reales, descubren una mística monárquica, una mentalidad política y renuevan así la historia política de la Edad Media. Los especialistas antiguos de la hagiografía se interesaban por el santo, los modernos se preocupan por la santidad, por aquello que la funda en el espíritu de los fieles, por la psicología de los crédulos, por la mentalidad del hagiógrafo.⁸ Así la antropología religiosa impone a la historia religiosa una conversión radical de contemplación.⁹

Próximo al etnólogo, el historiador de las mentalidades tiene que doblarse también de sociólogo. Su objeto, de buenas a primeras, es lo colectivo. La mentalidad de un individuo histórico, siquiera fuese la de un gran hombre, es justamente lo que tiene en común con otros hombres de su tiempo. Tomemos a

³ Obras clásicas de Max WEBER, *L'Éthique protestante et l'esprit du capitalisme*. 1904-1905. R. TAWNEY, *La Religion et l'essor du capitalisme*, 1926; H. LÜTHY, *La Banque protestante en France de la révocation de l'édit de Nantes & la Révolution*. 2 vols. Paris 1959-60. Cf. J. DELUMEAU, *Naissance et affirmation de la Réforme*. Paris, 1968, 2. ed.: *Capitalisme et mentalité capitaliste*, p. 301 ss.

⁴ M. BLOCH, *La Société féodale*. Paris, 1968 (nueva edición), p. 129.

⁵ E. LABROUSSE, prefacio al libro de G. Dupeux, *Aspects de l'histoire sociale et politique du Loir-et-Cher: 1848-1914*. Paris, 1962, p. XI.

⁶ K. THOMAS, *Religion and the Decline of Magic*. Londres, 1971; E. E. EVANS-PRITCHARD, *Anthropology and History*. Cambridge, 1961.

⁷ P. E. SCHRAMM, *Herrschaftszeichen und Saatsymbolik*. 3 vols. Stuttgart, 1954; E. KANTOROWICZ, *The King's two Bodies. A Study in Medieval Political Thought*. Princeton, 1957; B. GUINÉE y F. LEHOUC, *Les Entrées royales françaises de 1328 à 1515*. Paris, 1968.

⁸ H. DELEHAYE, *Sanctus. Essai sur le culte des saints dans l'Antiquité*. Bruselas, 1927; B. n GAIFFIER, *Mentalité de l'hagiographe médiéval d'après quelques travaux récents*, «*Analecta Bollandiana*» (1968), pp. 391-399; A. VAUCHEZ, *Sainteté laïque au XIII^e siècle: la vie du bienheureux Facio de Crémone* (pp. 1196-1272), «*Mélanges de l'école française de Rome*» (1972), pp. 13-53.

⁹ Cf. D. JULIA en la obra presente y en «*Recherches de science religieuse*» t. VIII (1970) p. 575 ss., y A. DUPRONT en la obra presente, y *Vie et création religieuse dans la France moderne (XIV^e-XVIII^e)*, en *La France et les Français*, ed. M. François, «*Encyclopédie de la Pléiade*». Paris, Gallimard, 1972, pp. 491-77.

Carlos V de Francia. Todos los historiadores le alaban por su sentido de la economía, de la administración del Estado. Rey Sabio, lector de Aristóteles, rehace la hacienda del reino y hace a los ingleses una guerra de usura que le ahorra dinero, pero suprime una parte de los impuestos, de los fuegos. Y los historiadores se interrogan, buscan tras el gesto desconcertante del rey ora un pensamiento político de difícil penetración, ora un momento de aberración de un hombre de espíritu ya perturbado. ¿Y por qué sencillamente no lo que se creía en el siglo XIV: que el rey teme a la muerte y no quiere aparecer ante el juicio cargado con el menosprecio de sus súbitos? ¿El rey, en el último momento, deja que su mentalidad domine sobre su política, que la creencia común prevalezca sobre una ideología política personal?

El historiador de las mentalidades se encuentra de forma particular con el psicólogo social. Las nociones de conducta o de actitud son para uno y otro esenciales. A medida, por lo demás, que psicólogos sociales, cuales C. Kluckhohn,¹⁰ insisten en el papel del control cultural en las conductas biológicas, la psicología social se inclina hacia la etnología y, más allá, hacia la historia. Dos dominios manifiestan esta atracción recíproca de la historia de las mentalidades y de la psicología social; el desarrollo de los estudios sobre la criminalidad, los marginados, los desviantes en las épocas anteriores y el auge paralelo de sondeos de opinión y de análisis históricos de conductas electorales.

En este camino se revela uno de los intereses de la historia de las mentalidades: las posibilidades que ofrece a la psicología histórica de vincularse a otra gran corriente de la investigación histórica hoy: la historia cuantitativa. Ciencia en apariencia de lo móvil y lo matizado, la historia de las mentalidades puede, por el contrario, con ciertas adaptaciones, utilizar los métodos cuantitativos puestos a punto por los psicólogos sociales. El método de las escalas de actitud, que, como subraya Abraham A. Moles,¹¹ permite partir «de una masa de hechos, de opiniones o expresiones verbales, totalmente incoherentes al principio» y descubrir al final del análisis una «medida» de una magnitud pertinente al conjunto de los hechos tratados y, de ahí, una «definición» de estos a partir de su escala, lo que aportará quizá la definición satisfactoria de esta palabra ambigua «mentalidad», a ejemplo de la célebre fórmula de Binet: «La inteligencia es lo que mide mi test.»

Además de sus lazos con la etnología, la historia de las mentalidades podrá disponer de otro gran arsenal de las ciencias humanas actuales: los métodos estructuralistas. ¿No es la mentalidad una estructura?

Pero más aún que de las facilidades de relación que procura con las otras ciencias humanas, la atracción de la historia de las mentalidades viene, sobre

¹⁰ C. KLUCKHOHN, *Culture and Behaviour*, en G. Lindzey, ed., *Handbook of Social Psychology*. Cambridge, Mass., 1954.

¹¹ Prefacio a y. ALEXANDRI, *Les Échelles d'attitude*. París, 1971.

todo, del desarraigo que ofrece a los intoxicados de la historia económica y social y especialmente de un marxismo vulgar.

Arrancada a los viejos *dei ex machina* de la antigua historia: providencia o grandes hombres, a los conceptos pobres de la historia positivista: acontecimiento o azar, la historia económica y social, inspirada o no por el marxismo, había dado a la explicación histórica unas bases sólidas. Pero se revelaba impotente para realizar el programa que Michelet asignara a la historia en el prólogo de 1869: «La historia [...] me parecía aún débil en sus dos métodos: demasiado poco material [...] demasiado poco espiritual, hablando de las leyes, de los actos políticos, no de las ideas, de las costumbres [...]» En el propio interior del marxismo, los historiadores que lo invocaban, después de haber puesto de manifiesto el mecanismo de los modos de producción y de la lucha de clases, no conseguían pasar de forma convincente de las infraestructuras a la superestructuras. En el espejo que la economía tendía a las sociedades, no se veía más que el pálido reflejo de esquemas abstractos, no rostros, ni vivientes resucitados. El hombre no vive sólo de pan, la historia no tenía siquiera pan, no se nutría más que de esqueletos agitados por una danza macabra de autómatas. Había que dar a estos mecanismos descarnados el contrapeso de algo más. Importaba encontrar a la historia algo más, distinto. Este algo más, esta otra cosa distinta, fueron las mentalidades.

Pero la historia de las mentalidades no se define solamente por el contacto con las demás ciencias humanas y por la emergencia de un dominio reprimido por la historia tradicional. Es también el lugar de encuentro de exigencias opuestas que la dinámica propia de la investigación histórica actual fuerza al diálogo. Se sitúa en el punto de conjunción de lo individual con lo colectivo, del tiempo largo y de lo cotidiano, de lo inconsciente y lo intencional, de lo estructural y lo coyuntural, de lo marginal y lo general.

El nivel de la historia de las mentalidades es el de lo cotidiano y de lo automático, lo que escapa a los sujetos individuales de la historia porque es revelador del contenido impersonal de su pensamiento, es lo que César y el último de sus soldados, san Luis y los campesinos de sus tierras, Cristóbal Colón y el marino de sus carabelas tienen en común. La historia de las mentalidades es a la historia de las ideas lo que la historia de la cultura material es a la historia económica. La reacción de los hombres del siglo XIV frente a la peste, castigo divino, se nutre de la lección secular e inconsciente de los pensadores cristianos, de san Agustín a santo Tomás de Aquino, se explica por el sistema de ecuación enfermedad=pecado establecida por los clérigos de la alta Edad Media, pero olvida todas las articulaciones lógicas, todas las sutilidades de raciocinio para no preservar más que el molde grosero de la idea. Así el utensilio de todos los días, el vestido del pobre deriva de modelos prestigiosos creados por los movimientos superficiales de la economía, de la moda y el gusto. Es ahí donde se capta el estilo de una época, en la profundidades de lo cotidiano. Cuando Huizinga llama a Juan de Salisbury

«espíritu pregótico», le reconoce una superioridad de anticipación sobre la evolución histórica por el prefijo, mas por la expresión en que espíritu (*mind*) evoca la mentalidad, lo convierte en testigo colectivo de una época, como Lucien Febvre hizo con un Rabelais arrancado al anacronismo de los eruditos de las ideas para ser devuelto a la historicidad concreta de los historiadores de las mentalidades.

El discurso de los hombres, en cualquier tono que se haya pronunciado, el de la convicción, de la emoción, del énfasis, no es, a menudo, más que un montón de ideas prefabricadas, de lugares comunes, de ñoñerías intelectuales, exutorio heteróclito de restos de culturas y mentalidades de distinto origen y tiempo diverso.

De ahí el método que la historia de las mentalidades impone al historiador: una investigación arqueológica, primero, de los estratos y fragmentos de arqueopsicología —en el sentido en que André Varagnac habla de arqueocivilización—, pero como estos restos unidos en coherencias mentales, si no lógicas, se impone, luego, el desciframiento de sistemas psíquicos próximos al bricolaje intelectual por el que Claude Lévi-Strauss reconoce el pensamiento salvaje.

En el cuarto libro de sus *Diálogos*, escrito entre 590 y 600, el papa Gregorio Magno cuenta la historia de uno de los monjes del monasterio del que fue abad, en Roma, quien, en su lecho de muerte, confiesa a su hermano haber ocultado tres sueldos de oro, lo que está formalmente prohibido por la regla que obliga a que los hermanos lo pongan todo en común. Gregorio, informado, ordena que se deje al moribundo expirar en la soledad, privado de toda palabra consoladora, para que, terrorificado, purgue su pecado y para que su muerte en la angustia sea un ejemplo para los demás monjes. ¿Por qué este abad, cultivado e instruido como pudiera serlo nadie entonces, no se dirigió más bien a la cabecera del pecador moribundo para abrirle la puerta del cielo con la confesión y la contrición? Se impuso a Gregorio la idea de que hay que pagar su pecado por signos exteriores: una muerte y un entierro ignominioso (el cuerpo se tira al estercolero). La costumbre bárbara (¿aportada por los godos o resurgida del antiguo fondo psíquico?) del castigo físico se impuso sobre la regla. La mentalidad venció a la doctrina.

Así, lo que parece falta de raíz, nacido de la improvisación y del reflejo, gestos maquinales, palabras irreflejas, viene de lejos y atestigua la prolongada resonancia de los sistemas de pensamiento.

La historia de las mentalidades obliga al historiador a interesarse más de cerca por algunos fenómenos esenciales de su dominio: las herencias cuya continuidad enseña su estudio, las pérdidas, las rupturas (¿de dónde, de quién, de cuándo vienen este pliegue mental, esta expresión, este gesto?); la tradición, eso es, las formas en que se reproducen mentalmente las sociedades, los desfases, producto del retraso de los espíritus en adaptarse al cambio y de la rapidez desigual de evolución de los distintos sectores de la historia. Campo de

análisis privilegiado para la crítica de las concepciones lineales del servicio histórico. La inercia, fuerza histórica capital, que es más obra de espíritus que de la materia, pues ésta es a menudo más pronta que aquellos. Los hombres se sirven de las máquinas que inventan guardando las mentalidades de antes de esas máquinas. Los automovilistas tienen un vocabulario de caballeros, los obreros de las fábricas del siglo XIX la mentalidad de los campesinos que fueron sus padres y sus abuelos. La mentalidad es lo que cambia con mayor lentitud. Historia de las mentalidades, historia de la lentitud en la historia.

II. Jalones para la historia de la génesis de la historia de las mentalidades

¿De dónde viene la historia de las mentalidades?¹²

Del adjetivo mental que se refiere al espíritu y que viene del latín *mens*, pero el epíteto latino *mentalis*, ignorado por el latín clásico, pertenece al vocabulario de la escolástica medieval y los cinco siglos que separan la aparición de mental (mediados siglo XIV) de la de *mentalidad* (mediados siglo XIX) indican que el sustantivo responde a otras necesidades, tiene que ver con otra coyuntura distinta de la del adjetivo.

El francés no deriva naturalmente *mentalité* de *mental*. Lo toma del inglés que desde el siglo XVII había sacado *mentality* de *mental*. La mentalidad es hija de la filosofía inglesa del siglo XVII. Designa la coloración colectiva del psiquismo, la forma particular de pensar y sentir de «un pueblo, de cierto grupo de personas, etc.». Pero el término sigue confinado en inglés al lenguaje técnico¹³ de la filosofía, mientras que en francés no tarda en pasar al uso corriente. La noción que desembocará en el concepto y en la palabra mentalidad tiene todo el aire de aparecer en el siglo XVIII en el dominio científico y más concretamente en el campo de una concepción nueva de la historia. Inspira a Voltaire el libro y la idea de *l'Essai sur les moeurs et l'esprit des nations* (1754), en que uno siente el principio de una prolongación del inglés *mind*. Cuando la palabra aparece, según el diccionario Robert, en 1842, tiene el sentido, próximo de *mentality*, de «cualidad de lo que es mental». Pero Littré, en 1877, lo ilustra con una frase tomada de la filosofía positivista de H. Stupuy en que la palabra tiene ya el sentido ampliado, pero aún «sabio», de «forma de espíritu», ya que se trata —¿azar o referencia no fortuita en tiempo de las luces?— del «cambio de mentalidad inaugurado por los enciclopedistas». Luego, hacia 1900 —Proust

¹² Quiero dar vivamente las gracias a M. Jean Viet, director del Servicio de Intercambio e Información Científicas de la Maison des Sciences de l'Homme (París), y a Philippe Besnard que, a instigación suya, reunió un dossier sobre «la palabra y el concepto de mentalidad» del que he bebido ampliamente.

¹³ Con relación a mentalidad, *mentality* tiene una connotación más cognoscitiva, intelectual. Un caso límite se halla en el título de la obra de W. KOHLER, *The Mentality of Apes* (1925), traducción inglesa del título alemán *Intelligenzprüfungen an Menschenaffen* (1921). Por el contrario, las connotaciones afectivas son fuertes en mentalidad, como puede verse, de forma un tanto paradójica, en el artículo de E. RIGNANO, *Les diverses mentalités logiques*, «Scientia» (1917), pp. 95-125, que estudia la «predominancia fundamental de los elementos afectivos sobre los intelectivos en las dos grandes categorías de mentalidades distinguidas por el autor: la sintética y la analítica».

subraya la novedad de un término que conviene a su investigación psicológica— la palabra toma su sentido corriente. Es el sucedáneo popular de la *Weltanschauung* alemana, la visión del mundo, de cada cual, un universo mental estereotipado y caótico a un mismo tiempo.

Es sobre todo una visión pervertida del mundo, el abandono por la pendiente de los malos instintos psíquicos. El lenguaje lo subraya con el acompañamiento de un epíteto francamente peyorativo, o bien en un empleo absoluto: «¡qué mentalidad!» El inglés, por su parte, ha conservado esta tendencia de la palabra en el adjetivo: *mental* (sobrentendiéndose deficiente) toma el sentido de atrasado o «chiflado».

Esta coloración del lenguaje corriente ha alimentado o se ha alimentado de dos corrientes científicas.

Una es la etnología. *Mentalidad* designa a fines del siglo XIX y a principios del XX el psiquismo de los «primitivos» que aparece al observador como un fenómeno colectivo (en el seno del cual un psiquismo individual es indiscernible) y propio de individuos cuya vida psíquica está hecha de reflejos, de automatismos, se reduce a un mental colectivo que excluye prácticamente la personalidad. Lucien Lévy-Bruhl publica, en 1922, *La Mentalité primitive*.

La otra es la psicología del niño. Aquí también, si dejamos de considerar al niño como simple pequeño adulto, es para hacer de él un menor mentalmente. Siendo así que los diccionarios técnicos franceses de filosofía, psicología, psicoanálisis ignoran la palabra mentalidad, el vocabulario más reciente de *Psychopédagogie et psychiatrie de l'enfant* (1970) define una mentalidad infantil. Henri Wallon desde 1928, en la «Revue philosophique» había establecido el lazo consagrando un artículo a *La Mentalité primitive et celle de l'enfant* (aproximación vivamente condenada, como se sabe, por Claude Lévi-Strauss en sus páginas célebres de *Structures élémentaires de la parenté*).

Antes de avanzar un paso más en el análisis de la *historia de las mentalidades* importa liquidar dos hipotecas previas.

La primera consiste en la duda que podría hacer surgir la constatación de que la mentalidad no desempeña prácticamente ningún papel en psicología, que no forma parte del vocabulario técnico del psicólogo. El trabajo llevado a cabo por Philippe Besnard sobre la frecuencia del término *mentalidad* en los índices de las bibliografías de psicología hizo ver que, raro en los *Psychological Abstracts* entre 1927 y 1943,¹⁴ el vocablo parece hoy haber caído en desuso en psicología.¹⁵ ¿Cómo la historia psicológica (o mejor de las psicologías colectivas)

¹⁴ Hay que notar las connotaciones más o menos peyorativas de las expresiones destacadas: mentalidad árabe, hindú, del criminal danés, del prisionero, *german mentality* en 1943. Una expresión interesante: *levels of mentality*.

¹⁵ *Mentalidad* apenas se cita en las bibliografías recientes de antropología (con un débil empleo de «mentalidad primitiva» o «mentalidad indígena») y en las de sociología (de siete referencias en *Bibliographie internationale de Sociologie* entre 1963 y 1969, cuatro remiten a una serie de artículos de R. LENOIR aparecidos en castellano en la «Revista mejicana de sociología» entre 1956 y 1961 y que trata de las distintas *mentalidades* primitivas o civilizadas).

podría aprovecharse de un término y, tras el vocablo, de una noción rechazada por la psicología?

La historia de las ciencias abunda en ejemplos de transferencias de nociones y conceptos. Tal palabra, tal concepto aparecido en un campo en que se deshace muy pronto, transplantado en un dominio próximo crece y prolifera ¿Por qué la mentalidad no encontraría en historia el éxito que le ha fallado en psicología? Y la psicología que, por el lado de la lingüística y del estructuralismo, vio relanzar la fortuna de la *Gestalt*, ¿no descubriría tardíamente el buen uso que de mentalidad puede hacer? Está claro, en todo caso, que en el campo científico es la historia de las mentalidades la que ha salvado la palabra y es su uso en francés el que ha reintroducido la palabra en inglés y la ha transmitido al alemán, al español, al italiano (*mentality, Mentalität, mentalidad, mentalità*). Aquí la eclosión de la nueva escuela histórica francesa ha asegurado —hecho excepcional— el éxito de la palabra, de la expresión y del género (los tres «teóricos» de la historia de las mentalidades son Lucien Febvre, 1938, Georges Duby, 1961, Robert Mandrou, 1968).

La segunda hipoteca es la que puede hacer pesar sobre la historia de las mentalidades la tendencia peyorativa del término. Ciertamente es que Lévy-Bruhl afirmaba, por ejemplo, que no había diferencia de naturaleza entre la mentalidad de los primitivos y la de los miembros de las sociedades evolucionadas. Pero él había creado desde el principio un mal clima para las *mentalidades* al escribir ya en 1911 *Les Fonctions mentales dans les sociétés inférieures*. Y es verdad que el historiador de las mentalidades, sin encerrar esta palabra en el infierno de la memoria colectiva, la persigue en las aguas turbias de la marginalidad, de la anormalidad, de la patología social. La mentalidad parece revelarse de preferencia en el dominio de lo irracional y de lo extravagante. De ahí la proliferación de estudios —algunos de ellos notables— sobre la brujería, la herejía, el milenarismo. De ahí, cuando el historiador de las mentalidades pone su atención en sentimientos comunes o grupos sociales integrados, su elección, voluntaria, de temas límites (las actitudes frente al milagro o la muerte) o de categorías incipientes (los mercaderes en la sociedad feudal). En una perspectiva próxima, un psicólogo como Ralph H. Turner (*Collective Behavior*, en R. L. FARIS, *Handbook of Modern Sociology*. Chicago, 1964), opta, al estudiar el comportamiento de la muchedumbre, por la observación del desastre generador del pánico y emplea los datos recogidos por un *Disaster Research Group*.

III. La práctica de la historia de las mentalidades y sus trampas

Hombre de oficio, el historiador busca primero sus materiales. ¿Dónde están los de la historia de las mentalidades?

Hacer historia de las mentalidades es, ante todo, operar una cierta lectura de un documento, sea cual sea. Todo es fuente, para el historiador de las

mentalidades. He aquí un documento de índole administrativa y fiscal, un registro de los ingresos reales en el siglo XIII o XIV. ¿Cuáles son las rúbricas, qué visión del poder y la administración reflejan, qué actitud frente al número revelan los procedimientos de cuenta? Aquí tenemos el mobiliario de una tumba del siglo VII: objetos de atavío (aguja, anillo, hebilla de cinturón), monedas de plata, entre ellas una pieza colocada en la boca del muerto en el momento de la inhumación, armas (hacha, espada, lanza, cuchillo), un paquete de utensilios (martillos, pinzas, limas, tijeras, barrena, gubia, etc).¹⁶ Estos ritos funerarios nos informan sobre las creencias (rito pagano del óbolo de Caronte, transportador del más allá), sobre la actitud de la sociedad merovingia frente a un artesano revestido con un prestigio casi sagrado: el herrero-orfebre (que es también guerrero), forjador y manejador de espada.

Esta lectura de los documentos se aplicará sobre todo a las partes tradicionales, casi automáticas, de los textos y los monumentos: fórmulas y preámbulos de cartas que indican las motivaciones —verdaderas o de fachada—; *topoi* que son la osatura de las mentalidades. Sin llegar a la historia de las mentalidades, Ernst Robert Curtius sintió la importancia de este basamento no sólo de la literatura, como pensaba, sino de la mentalidad de una época: «Si la retórica hace al hombre moderno el efecto de un fantasma haciendo muecas, ¿cómo pretender interesarle por la tópica, cuyo nombre es apenas conocido, ni siquiera del especialista de la literatura que evita deliberadamente los sótanos —¡ay, también los cimientos!— de la literatura europea?»¹⁷ ¡Ay!, escapado a este brillante amateur de calidad que no se resuelve a ocuparse de lo cuantitativo cultural, venado de la historia de las mentalidades. Este discurso obligado y maquinal —en que uno parece hablar para no decir nada, en que se invoca a diestra y a siniestra, en ciertas épocas, a Dios y al diablo, en otras, a la lluvia y al buen tiempo—, es el canto profundo de las mentalidades, el tejido conjuntivo del espíritu de las sociedades, el alimento más precioso de una historia que se interesa más por el *bajo continuo* que por la *palabra fina* de la música del pasado.

Pero la historia de las mentalidades tiene sus fuentes privilegiadas, las que, más y mejor que otras, introducen a la psicología colectiva de las sociedades. Su inventario es una de las primeras labores del historiador de las mentalidades.

Están primero los documentos que atestiguan estos sentimientos, estos comportamientos paroxísticos o marginales que, por su separación, aclaran la mentalidad común. Por no salir de la Edad Media, la hagiografía pone de manifiesto estructuras mentales de base: la permeabilidad entre el mundo sensible y el mundo sobrenatural, la identidad de naturaleza entre lo corporal y lo psíquico —de ahí la posibilidad del milagro y, más generalmente, de lo

¹⁶ J. DECAENS, *Un nouveau cimetière du haut Moyen Age en Normandie, Hérouvillette* (Calvados), en «Archéologie médiévale». I (1971), p. 83 SS.

¹⁷ *La Littérature européenne et le Moyen Age latin*. Paris, 1956, p. 99.

maravilloso—. La marginalidad del santo —reveladora del fondo de las cosas— tiene por corolario la marginalidad ejemplar también de los diabólicos: posesos, herejes, criminales. De ahí el carácter de documento privilegiado de todo cuanto da acceso a estos testigos: confesiones de herejes y procesos de inquisición, cartas de remisión otorgadas a criminales que detallan sus entuertos, documentos judiciales y más generalmente monumentos de la represión. Otra categoría de fuentes privilegiadas para la historia de las mentalidades, la constituyen los documentos literarios y artísticos. Historia, no de los fenómenos «objetivos», sino de la *representación* de estos fenómenos, la historia de las mentalidades se alimenta naturalmente de los documentos de lo imaginario. Huizinga, en su célebre *Déclin du Moyen Age* mostró todo cuanto la utilización de textos literarios (es la fuerza y la debilidad del libro) puede aportar al conocimiento de la sensibilidad y de la mentalidad de una época. Pero la literatura y el arte vehiculan formas y temas venidos de un pasado que no es forzosamente el de la conciencia colectiva. Los excesos de los historiadores tradicionales de las ideas y de las formas que las hacen engendrar por una especie de partenogénesis que ignora el contexto no literario o no artístico de su aparición no tienen que disimularnos que las obras literarias y artísticas obedecen a códigos más o menos independientes de su medio ambiente temporal. La pintura del *Quattrocento* nos parece atestiguar una nueva actitud frente al espacio, la decoración arquitectónica, el lugar del hombre en el universo: la mentalidad «precapitalista» parece haber pasado por ahí. Pero Pierre Francastel, que es quien mejor ha penetrado el sistema pictórico del *Quattrocento* como parte de un conjunto más amplio, nos advierte también de la «especificidad de la pintura, modo de expresión y comunicación de nuestro espíritu irreductible a cualquier otro.»¹⁸

Importa no separar el análisis de las mentalidades del estudio de sus lugares y medios de producción. El gran precursor en estas materias que fue Lucien Febvre dio el ejemplo de inventarios de lo que él llamaba el *utillaje mental*: vocabulario, sintaxis, lugares comunes, concepciones del espacio y el tiempo, cuadros lógicos. Los filólogos observaron que, luego de la desestructuración del latín clásico en la alta Edad Media, las conjunciones de coordinación sufren una evolución desconcertante. Pero es que las articulaciones lógicas del discurso hablado o escrito se modifican radicalmente. *Autem, argo, gitur* y las demás entran en un nuevo sistema de pensamiento de distinta composición.

En las mentalidades ciertos sistemas parciales desempeñan un papel particularmente importante. Estos «modelos» se imponen largo tiempo como polos de atracción de las mentalidades: un modelo monástico se elabora en la Alta Edad Media y se ordena alrededor de nociones de soledad y ascetismo, modelos aristocráticos aparecen luego centrados alrededor de los conceptos de

¹⁸ *La Figure et le lieu; l'ordre visuel du Quattrocento*. París, Gallimard, 1967, p. 172.

generosidad, proeza, belleza, fidelidad. Uno de ellos atravesará los siglos hasta nosotros: la *cortesía*.

Aunque tomando prestado de tradiciones antiquísimas, estas mentalidades no se explican ni por las tinieblas de la noche de los tiempos ni por los misterios del psiquismo colectivo. Se capta su génesis y su difusión a partir de centros de elaboración de medios creadores y vulgarizadores, de grupos y oficios intermediarios. El palacio, el monasterio, el castillo, las escuelas, los cursos son, a lo largo de la Edad Media, los centros en que se forjan las mentalidades. El mundo popular elabora o recibe sus modelos en sus hogares propios de modelación de las mentalidades: el molino, la fragua, la taberna. Los *mass media* son los vehículos y las matrices privilegiadas de las mentalidades: el sermón, la imagen pintada o esculpida» son, más acá de la galaxia de Gutenberg, las nebulosas de donde cristalizan las mentalidades.

Las mentalidades mantienen con las estructuras sociales relaciones complejas, pero sin estar separadas de ellas. ¿Se da para cada sociedad, en cada una de las épocas que la historia distingue en su evolución, una mentalidad dominante o varias mentalidades? El hombre de la Edad Media o del Renacimiento fue denunciado por Lucien Febvre como una abstracción sin realidad histórica. La historia aún balbuciente de las mentalidades se apega a abstracciones apenas más concretas —vinculadas a las herencias culturales, a la estratificación social, a la periodización—. Se emplearán, como hipótesis de trabajo, siempre a propósito de la Edad Media, las nociones, por ejemplo, de mentalidad bárbara, cortés, romana, gótica, escolástica. Agrupaciones sugestivas pueden operarse alrededor de estas etiquetas. Erwin Panofsky ha aproximado, como participando de las mismas estructuras mentales, el arte gótico y la ciencia escolástica. Robert Marchal ha añadido la escritura de la época: «Puede considerarse la escritura gótica como la expresión gótica de cierta dialéctica. Las analogías que pueden constatarse entre ella y la arquitectura no son —o sólo lo son fortuitamente—, visuales, son intelectuales; resultan de la aplicación a la escritura de una forma de razonar que se encuentra en todas las producciones del espíritu.»¹⁹ La coexistencia de varias mentalidades en una misma época y en un mismo espíritu es uno de los datos delicados, pero esenciales» de la historia de las mentalidades. Luis XI, que en política da muestras de mentalidad moderna, «maquiavélica», en religión manifiesta una mentalidad supersticiosa muy tradicional.

Igualmente delicada es la captación de las transformaciones de las mentalidades. ¿Cuándo se deshace una mentalidad, cuándo aparece otra? La innovación en este terreno de las permanencias y de las resistencias no es de fácil aprehensión. Ahí es donde el estudio de los *topoi* tiene que aportar una contribución decisiva. ¿Cuándo un lugar común aparece o desaparece, y, cosa

¹⁹ *L'Écriture latine et la civilisation occidentale du 1er au XVI siècle*, en *L'Écriture et la psychologie des peuples*. XXII semana de París, 1963, p. 243; E. PANOFSKY, *Architecture gothique et pensée scolastique*, 1957 (trad. francesa, 1967).

más difícil determinar aún, pero no menos capital, cuándo no es ya más que una reliquia, algo muerto-vivo? Este psitacismo de las mentalidades tiene que ser escrutado de cerca para que el historiador pueda establecer cuándo el lugar común se despega de lo real, se convierte en inoperante. ¿Pero es que se dan puros *flatu vocis*?

Salida en buena parte de una reacción contra el imperialismo de la historia económica, la historia de las mentalidades no tiene que ser ni el renacimiento de un espiritualismo superado —que se ocultaría por ejemplo bajo las vagas apariencias de una indefinible *psyché* colectiva— ni el esfuerzo de supervivencia de un marxismo vulgar que buscaría en ella la definición barata de superestructuras nacidas mecánicamente de las infraestructuras socioeconómicas. La mentalidad no es reflejo.

La historia de las mentalidades tiene que distinguirse de la historia de las ideas contra la cual también en parte nació. No son las ideas de santo Tomás de Aquino o de san Buenaventura las que dirigieron los espíritus a partir del siglo XIII, sino nebulosas mentales en las que ecos deformados de sus doctrinas, migajas depauperadas, palabras fracasadas sin contexto, han desempeñado un papel. Pero hay que ir más lejos que este establecimiento de la presencia de ideas embastardecidas en el seno de las mentalidades. La historia de las mentalidades no puede hacerse sin estar estrechamente ligada a la historia de los sistemas culturales, sistemas de creencias, de valores, de equipamiento intelectual en el seno de las cuales se elaboran, han vivido y evolucionado. Así, por lo demás, las lecciones que la etnología aporta a la historia podrán ser eficaces.

Este vínculo con la historia de la cultura tiene que permitir a la historia de las mentalidades evitar otras trampas epistemológicas.

Ligada a los gestos, a las conductas, a las actitudes²⁰ —por las que se articula con la psicología, una frontera en que historiadores y psicólogos algún día deberán encontrarse y colaborar—, la historia de las mentalidades no tiene que verse atrapada por un behaviorismo que la reduciría a automatismos sin referencia a unos sistemas de pensamiento —y que eliminaría uno de los aspectos más importantes de su problemática: la parte e intensidad del consciente y de la toma de conciencia de esta historia.

Eminentemente colectiva, la mentalidad parece sustraída a las vicisitudes de las luchas sociales. Pero sería craso error separarla de las estructuras y la dinámica social. Es, al contrario, elemento capital de las tensiones y las luchas sociales. La historia social está jalonada de mitos en que se revela la parte de las mentalidades en una historia que no es ni unánime ni inmóvil: uñas azules, cuellos blancos, doscientas familias... Hay mentalidades de clase al lado de mentalidades comunes. Su juego está por estudiar.

²⁰ Cf. Especialmente M. JAHODA y N. WARREN, ed., *Attitudes*. Harmondsworth, 1966.

En fin, historia de las lentitudes de la historia, la historia de las mentalidades deja de ser una historia de las transformaciones, la más decisiva que existe. Un fenómeno trastorna el Occidente medieval, del siglo XI al XIII: el auge de las ciudades. Una sociedad nueva sale, dotada de una mentalidad nueva, hecha a base del gusto por la seguridad, el intercambio, la economía, basada en formas nuevas de sociabilidad y solidaridad, la familia estrecha, la corporación, la cofradía, la compañía, el barrio... ¿Cuál es, en el seno de una historia total, el lugar de las mentalidades en estas mutaciones?

Pese, o mejor a causa de su carácter vago, la historia de las mentalidades está en vías de establecerse en el campo de la problemática histórica. Si se evita que sea un cajón de sastre, coartada de la pereza epistemológica, si se le dan sus utensilios y sus métodos, hoy tiene que desempeñar su papel de una historia distinta que, en su búsqueda de explicación, se aventura por el otro lado del espejo.

[Este texto forma parte del libro **Hacer la historia**, bajo la dirección de Jacques Le Goff y Pierre Nora, Vol. III, Editorial LAIA, Barcelona, 1974.]

BIBLIOGRAFIA

- BOUTHOU, G.: *Les Mentalités*. Paris, PUF (coll. «Que sais-je?»), 1952, 1971, 5.^a ed.
- BURSZTYN: *Schizophrénie et mentalité primitive*. Paris, Jouve, 1935. (Tesis doctoral de medicina.)
- Carnets de Lucien Lévy-Bruhl*. Paris, PUF, 1949.
- CAZENEUVE, J.: *La mentalité archaïque*. Paris, Colin, 1961.
- DUBY, G.: *L'histoire des mentalités*, pp. 937-966, en *L'Histoire et ses méthodes*. «Encyclopédie de la Pléiade». Paris, Gallimard, 1961.
- DUBY, G.: *Histoire sociale et histoire de mentalités* (entrevista con A. CASANOVA), «Nouvelle Critique», 34 (1970), pp. 11-19.
- DUMAS, G.: *Mentalité paranoïde et mentalité primitive*. «Annales médico-psychologiques» (mayo 1934).
- DUFRENT, A.: *Problèmes et méthodes d'une histoire de la psychologie collective*, «Annales», 16 (1) (1961), pp. 3-11.
- DUFRENNE, M.: *La Personnalité de base; un concept sociologique*. Paris, PUF, 1966 (1953, 1.^a ed.).
- FABERMAN, H. A.: *Manheim, Cooley and Mead; toward a social theory of mentality*, «Sociological Quarterly», 11 (1), (1970), pp. 3-13.
- FEBVRE, L.: *Histoire et psychologie*, en «Encyclopédie française», t. VIII, 1938, recogido en *Combats pour l'Histoire*. Paris, 1953, pp. 207-220.
- *Comment reconstituer la vie affective d'autrefois? La sensibilité et l'histoire*, en «Annales d'histoire sociale» III (1941), recogido en *Combats pour l'Histoire*, pp. 221-231.
- *Sorcellerie, sottise ou révolution mentale?*, en «Annales ESC» (1948), pp. 9-15.
- *Histoire des sentiments. La terreur*, en «Annales ESC» (1951), páginas 520-523.
- *Pour l'histoire d'un sentiment: le besoin de sécurité* en «Annales ESC» (1956), pp. 244-247.
- GEREMEK, B.: *Umyslowosc i psychologia zbiorowa w historii* (Mentalité et psychologie collective en histoire), en «Przeglad Historyczny», LIII (1962), pp. 629-643, y nota en «Annales ESC» (1963) pp. 1221-1222.
- HERZLICH, C.: *La Représentation sociale* pp. 303-325, en MOSCOVICI, S.: *Introduction à la psychologie sociale*, I. Paris, Larousse, 1972.
- LÉVY-BRUHL, L.: *L'âme primitive*, Paris, Alcan 1927.
- LÉVY-BRUHL, L.: *La Mentalité primitive*, Paris, Alcan, 1922.
- LÉVY-BRUHL, L.: *Le Surnaturel et la nature dans la mentalité primitive*, Paris, Alcan, 1931.
- LÉVY-BRUHL, L.: *Les Fonctions mentales dans les sociétés inférieures*. Paris, Alcan, 1910.
- MANDROU, R.: *L'Histoire des mentalités*, en el artículo «Histoire», 5, «Encyclopaedia universalis», vol. VIII, 1968, pp. 436-438.
- PIAGET, J.: *La Représentation du monde chez l'enfant*. Paris, Alcan, 1926.
- SOROKIN, P. A.: *Social and Cultural Dynamics*. Nueva York, Bedminster Press, 4 vols., 1937-1941.
- RUSCHEMEYER, D.: *Mentalität und Ideologie*, en «Soziologie», éd. R. König (1967). (Trad. francesa en «Sociologie» 1972.)
- SPRANDEL, R.: *Mentalitäten und Systeme Neue Zugänge zur Mittelalterlichen Geschichte*. Stuttgart, 1972.
- TRÉNARD, Louis: *Histoire des mentalités collectives: les livres, bilans et perspectives* en «Revue d'histoire moderne et contemporaine», 1968, pp. 691-703.

- VIOLET-CONIL, M. y CANIVET, N.: *L'Exploration de la mentalité infantile*. Paris, PUF, 1946.
- WALLON, H.: *La mentalité primitive et celle de l'enfant*. «Revue philosophique» (julio-diciembre 1928).
- WALLON, H.: *La mentalité primitive et la raison*. «Revue philosophique», 4 (1957), pp. 461-467 (sobre Lévy-Bruhl).
- WALLON, H.: *Les Origines de la pensée chez l'enfant*. Paris, PUF, 1945.

EJEMPLOS DE HISTORIA DE LAS MENTALIDADES

- ALPHANDERY, P. y DUPRONT, A.: *La Chrétienté et l'Idée de Croisade*, 2 vols. Paris, 1954-1959.
- BAYET, J.: *Le suicide mutuel dans la mentalité des Romains*, en «L'Année sociologique», 3.^a serie (1951), 1953, pp. 35-89.
- BLOCH, M.: *Les Rois thaumaturges. Etude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale...*, Estrasburgo, 1924, reed. 1960.
- *La Société féodale*. Paris, 1939, reed. 1968 (I parte, libro II: *Les Conditions de vie et l'atmosphère mentale*).
- BRANDT, W. J.: *The Shape of Medieval History. Studies in Modes of Perception*, New Haven y Londres, 1966.
- DHONDT, J.: *Une mentalité du douzième siècle: Galbert de Bruges*, en «Revue du Nord» (1957) pp. 101-109.
- FEBVRE, L.: *Le Problème de l'incroyance au XVI^e siècle. La religion de Rabelais*. Paris, 1952, reed. 1968.
- HUIZINGA, J.: *Le Déclin du Moyen Age*. Haarlem, 1919. (Trad. francesa 1932, reed. Paris, 1967).
- HOUGHTON, W. E.: *The Victorian Frame of Mind*. New Haven, 1957, 1968⁷.
- LEFEBVRE, G.: *La Grande Peur de 1789*. Paris, 1932.
- MANDROU, R.: *Introduction à la France moderne. Essai de psychologie historique, 1500-1640*. Paris, 1961.
- *Magistrats et sorciers en France au XVII^e siècle. Une analyse de psychologie historique*. Paris, 1968.
- *Le baroque européen: mentalité pathétique et révolution sociale*, en «Annales ESC» (1960) pp. 898-914.
- MORGAN, J. S.: *Le temps et l'intemporel dans le décor de deux églises romanes: facteurs de coordination entre la mentalité religieuse romane et les œuvres sculptées et peintes à Saint-Paul-lès-Dax et à Saint-Chef en Dauphiné*, en «Mélanges René Crozet», t. I, Poitiers, 1966, pp. 531-548.
- PASTOR DE TOGNERI, R.: *Diego Gelmirez: une mentalité à la page. A propos du rôle de certaines élites de pouvoir*, en «Mélanges René Crozet», t. I, pp. 597-608.
- ROUSSET P.: *La croyance en la justice immanente à l'époque féodale*, «Le Moyen Age», LIV (1948), pp. 225-248.
- TENENTI A.: *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento*. Turin, 1957.

